

Sierra • El enigma

Sierra

Con 350.000 ejemplares de salida en Estados Unidos, Javier Sierra es ya el autor español que ha recibido el mayor lanzamiento internacional de la historia. Lo ha hecho con "La cena secreta" (Plaza & Janés), que, pese a entrar en las listas mundiales de superventas, ha visto cómo la prensa española le regateaba el níhil óbstat. Seguro de que acabará siendo profeta en su tierra, Sierra exhibe su lucidez en una conversación no apta para dogmáticos. **texto RICARD RUIZ GARZÓN fotos FERNANDO ROI**

AJavier Serra le pesa su pasado como investigador de lo paranormal. Ante la realización de esta entrevista, celebrada durante la reciente Feria del Libro, uno aún se pregunta el porqué de tanto rostro perplejo en la profesión: "¿Sierra, el de los ovnis? ¿Y para qué lo entrevistas?" "Ah, sí, ha escrito algo como lo de Dan Brown, ¿no?" Luego, tras las explicaciones —nadie está triunfando como él en el extranjero, su novela está bastante mejor resuelta que *El código Da Vinci*, el autor posee una conversación más coherente que la de muchos ilustres—, surgen la sospecha y la acusación: "Claro, ahora toca hablar bien del *best seller*". Al final, escéptico, a uno lo asalta la duda: más allá de sus 300.000 lectores españoles, ¿habrá alguien en los medios literarios que haya leído limpiamente *La cena secreta*? A la luz del silencio que se cierne sobre Sierra, el Blasco Ibáñez del siglo XXI, parece que no. Tal vez este digno superventas antiprejuicios esté siendo víctima de un sinfín de ellos, porque no hay lógica informativa que justifique obviar su éxito: traducciones en 35 países, número uno en las listas de Canadá, número seis en la de *The New York Times* (donde jamás había entrado un español)... Un dato subraya tal despliegue: al teclear su nombre en

Google, aparecen 2.930.000 enlaces, frente a los 1.750.000 de Ken Follett, 1.380.000 de Arturo Pérez-Reverte o 743.000 de Alberto Vázquez-Figueroa. Para evaluar sus pretensiones narrativas, conocer sus ventas o apreciar su desacomplejado ideario, he aquí sus respuestas. Contra lo que tanto requisito supondría, rezuman pasión, trabajo y horas y horas de abierta reflexión.

No todo es lo mismo

¿Qué ha hecho que *La cena secreta* se convierta en su mapa del tesoro?

Es difícil decirlo. La obra no entró en las listas desde el principio; hubo un largo proceso que culminó en la Feria de Londres del 2005, cuando Simon & Schuster se interesó por el original y compró los derechos para todo el mundo de habla inglesa. Luego, desde máquetin, convirtieron *La cena secreta* en el buque insignia de la temporada. Era la primera vez que ocurría con un español, pero creyeron en mí para la promoción y sobre todo creyeron en la novela, que llegó cuando Estados Unidos buscaba bucear en nuestros orígenes como civilización, algo que hacemos mejor los autores europeos.

¿Cómo llegó alguien del prestigio de Alberto Manguel a traducir la novela?

Fue una sorpresa. Hicieron todo tipo de informes del texto, hasta me enviaron datos sobre cuántos nombres de personaje empezaban por *a* o sobre el nombre de las calles en el Milán del siglo XV. Pero lo mejor, des-

de luego, fue la traducción de Manguel, un intelectual de primera muy crítico con los *best sellers*. Aun así, decidí traducir la obra, y lo hizo porque algo nos une: él había publicado el libro *Leer imágenes*, y *La cena secreta* se ocupa justamente de ese tema. Ese nexos lo animó a aceptar la traducción, que bordó, pues supo simular un tono de inglés antiguo, como del siglo XV.

A pesar de haber disfrutado de una promoción con entrevistas en programas como *Good Morning* y *America* y giras por Chicago, Boston y Nueva York, en España continúan las reticencias a aceptar tu éxito. ¿A qué lo atribuyes? ¿Tal vez influya tu paso por revistas como *Más Allá* o por programas televisivos como *Crónicas marcianas*?

Es curioso, porque la novela va bien aquí, pero de forma *secreta*. Sí, he hallado a lectores reticentes por mi faceta de comunicador, por mi pasión por el ocultismo... De todos modos, el problema está en otro lado, en la falta de relevo en la crítica. Hay nuevos narradores, técnicas, editores... Pero la crítica es aún decimonónica, su divorcio con el lector es tan grande que forzosamente acabará mutando la parte débil, y la parte débil es la crítica, no el público. Pero, en fin, la crítica es poco autocrítica, y estas herejías solo ayudarán a que me excomulguen...

Hablando de herejías, la novela se enmarca en el actual fenómeno de los revisionismos evangélicos. ¿No echas de menos explicaciones serias?



Es cierto, todo esto merecería una reflexión profunda. Los editores piden novelas con una cierta etiqueta, y meten en el mismo saco cátaros, templarios, códigos y catedrales... Y no todo es lo mismo. Pero el lector no es tonto y ya ha empezado a distinguir, entre tanto título sobre cruzadas, herejías y griales, cuáles son los libros que tienen valor.

¿El código Da Vinci pertenece a ese grupo?

El de Brown no es en absoluto un libro hueco. Su técnica literaria, sus finales y sus personajes son muy discutibles, pero los argumentos, las fuentes y la controversia que genera demuestran que tiene un contenido. Otra cosa es el aluvión de sucedáneos; muchos son papel mojado. Yo creo que el subgénero ha triunfado porque nos vemos reflejados: son asombrosas las similitudes que hay entre el tránsito de la Edad Media al Renacimiento y lo que ocurre hoy. El choque de civilizaciones es igual que el del Mediterráneo en el siglo XV y también lo es el cambio cultural: ahora se imponen la televisión e Internet y entonces triunfaron los trovadores, la novela, la imprenta... Cambiaron tantas cosas como hoy; es normal que busquemos allí respuestas a los conflictos que nos sacuden.

Pero ha de haber más claves para entender el fenómeno...

Hay al menos otra que es capital: tenemos la certeza absoluta de que las grandes instituciones nos han engañado sistemáticamente. Hasta hemos invadido Iraq a partir de una mentira, y después de eso hemos aprendido que teníamos respuestas ante nuestros ojos pero no sabíamos interpretarlas. Eso explica el éxito del fenómeno, y también el de *La cena secreta*: lo que durante siglos era ortodoxia resulta que es pura herejía, y preferimos profundizar y entenderlo a rechazarlo sin más.

La novela como código

Ya hay voces incluso en el seno de las instituciones religiosas que reclaman nuevos Luteros. Eso sí, lamentan que haya tanto Luterillo metido a novelista.

Lo educativo del proceso es que, desde la ficción, estos libros están invitando a millones de personas a volver a las fuentes. Jamás se había prestado tanta atención a los Evangelios apócrifos. ¿Qué efecto tiene eso? Pues ha permitido ver que el cristianismo no nació como una religión compacta y coherente: existieron decenas de tendencias, algunas en franca contradicción con lo que hoy representa la Iglesia. Se ha difundido que la Iglesia se dedicó, a sangre y fuego, a eliminar esas corrientes disidentes, en especial las gnósticas. ¿Por qué? Porque el gnóstico estaba convencido de que podía comunicarse con Dios. El cristiano de san Pedro, en cambio, quería intermediarios. Y así se estableció un control político y psicológico de la civili-



“Los medios están demasiado politizados. Dejan a los escritores la responsabilidad de hacer pensar a la gente y de tocar conciencias.”

zación. Ahora todo el mundo sabe que hubo librepensadores, gente que se atrevió a reflexionar por sí misma. Eso es excitante.

Sin embargo, al mismo tiempo se está produciendo el rearme de todo tipo de fundamentalismos.

Yo soy optimista, todo esto nos obligará a dar un salto evolutivo. Hemos de abandonar el dogmatismo y embarcarnos en la búsqueda. El resquebrajamiento del sistema de grandes verdades presenta una oportunidad de oro. Porque ahora lo importante no es encontrar nada, lo importante es buscarlo. Eso hay que entenderlo, es lo que nos mantiene activos, en tensión intelectual. La comodidad de los dogmas es un freno al progreso.

¿Pero tanto espíritu crítico no se ve empañado por un sinnúmero de nuevos crédulos?

Es cierto, ahora el mayor peligro es sustituir unos dogmas por otros. Pero también es verdad que, por primera vez en cien años, estamos creando nuevos mitos. Los mitos religiosos eran inamovibles y ahora evolucionan, ¿no es fascinante? Por eso de joven me interesé en los enigmas de ovnis y contactados, sobre todo en los que albergaban nuevas maneras de interpretar nuestra religión, quiénes eran nuestros dioses, nuestros orígenes. Creía que surgirían respuestas por ahí y he visto que no, que ese interés por el tema extraterrestre no era un intento de entender

nuestra existencia sino fruto de la expectativa despertada por la carrera espacial. Todo eso se apagó, volvemos a mirar la historia y reelaboramos los mitos que calarán en el futuro. Dentro de doscientos años habrá antropólogos que estudiarán estas novelas como el germen de un cambio.

Hay quien dice que, mientras la gente anda ocupada en saber si María Magdalena pudo estar embarazada, no protesta por la vivienda o el hambre en el mundo...

Es difícil compatibilizar ambas dimensiones. Si tú eres un idealista te preocuparás por las grandes cosas más que por lo concreto, y es cierto que el poder puede aprovecharse de eso. Yo no sé qué prefiero... O sí: prefiero una sociedad de idealistas a una de burócratas. De hecho, es un balón de oxígeno abrir un periódico y hallar informaciones sobre el Santo Grial en vez de tantas noticias absurdas sobre el Estatut. Los medios están demasiado politizados, están dejando a los escritores la responsabilidad de hacer pensar a la gente, porque la ficción está tocando la conciencia del público como no lo hacen ni los medios ni el ensayo.

La ficción, sin embargo, también ayuda a crear nuevas supersticiones.

Esa es la sensación que transmite el impacto mediático, pero hay otros baremos. Hay más gente que está abandonando las iglesias que gente que ingrese en el Opus Dei o los Legionarios de Cristo. El enfrentamiento existe, desde luego; es la eterna lucha entre la luz y la sombra. Nadie subraya la presencia de ese enfrentamiento en mis novelas, y es capital; a mí me preocupa explorar esa zona de incertidumbre, aunque sea en épocas pretéritas. El combate existe, por eso mis obras plantean constantemente la necesidad de elegir.

¿Las novelas son un buen medio para investigar esa línea?

Una de las maravillas de la ficción consiste en que contar historias es aún la mejor manera de transmitir ideas. Así nacieron los mitos. Las novelas son códigos que ocultan mensajes cifrados para que sean abiertos cuando la humanidad esté preparada. Así operaba Leonardo y así me gusta operar a mí.

En todo esto se ha producido una evolución por tu parte, tú trabajaste en temas que rayaban con el montaje o parecían muy poco serios. ¿Cómo los ves ahora que esas publicaciones ya no tienen tantos lectores?

Bueno, yo sigo vinculado a la revista *Más Allá*, que ahora tiene una posición mucho más crítica. Cuando estas publicaciones empezaron en los 80, partían de la ingenuidad de periodistas y lectores, se daba pábulo a todo tipo de leyendas. Luego se descubrió que Lobsang Rampa era un fontanero que jamás había estado en el Tíbet y estas informaciones empezaron a cuestionarse. El desencanto

produjo pérdida de lectores, sí, pero ahora somos más profesionales. Por ejemplo, yo traté a fondo, en mi primer libro, el tema del extraterrestre de Roswell. Ahora se ha descubierto que unos expertos en efectos especiales lo prepararon todo. En vez de obviar esa información, la hemos desarrollado. Me gusta estar abierto a todo, pero no creer en nada. Investigo sin convertir nada en artículo de fe.

De enigma en enigma

Por lo tanto, llegaste a la ficción desde ese tipo de temas. ¿Cómo ocurrió?

En ese momento solo había publicado dos libros de no ficción, *Roswell, secreto de Estado* y *La España extraña*. Yo llevaba años investigando el caso de bilocación de una monja soriana del siglo XVII. Quería escribir sobre ello, estaba fascinado, pero la historia no interesaba a ningún editor. Hasta que uno me dijo que la publicaba si la convertía en una novela. Acepté el reto y lo pasé fatal, porque venía del periodismo y tuve que aprender a saltar al vacío de la ficción. Me costó, pero *La dama azul* funcionó, así que me planteé un objetivo que mantengo: utilizar la ficción como herramienta para arrojar luz sobre los grandes enigmas de la historia.

En ese proceso, ¿cuándo pasaste de investigador que escribe a escritor que investiga?

Ambas cosas han ido complementándose. Me pasé años entre datos extraños, secretos y paranormales, y eso me ha proporcionado habilidad para tejer historias que sorprendan al lector. Porque yo sigo fascinado por los temas prohibidos: en plena promoción en Estados Unidos, me hice un hueco para ir a Salem, quería ver la ciudad de las brujas... En cualquier caso, me hice escritor el día que supe aparcar datos que ahogaban el relato; antes primaba la documentación y ahora solo es la base. Y luego está la influencia del cine, que he abrazado sin complejos. Para mí, el gran cambio de la novela lo estamos produciendo los autores que narramos en secuencia. Los lectores de hoy son espectadores. Por eso la crítica me sorprende: se valora una gran descripción de la estepa siberiana, como en el siglo XIX, cuando el autor debía expresar cada detalle. Pero en una novela moderna basta con decir *estepa siberiana* para que el lector le añada la información proporcionada por el cine y la televisión. La novela está sufriendo una transformación y creo que el denostado *best seller* tiene mucho de abanderado en ella.

En tu página web mencionas gente a la que admiras, y no aparecen escritores profesionales, salvo Katherine Neville...

Katherine Neville fue muy importante para mí. *El ocho* me deslumbró. No pasó lo mismo con otras obras suyas, pero el impacto de *El ocho* fue tal que mi primera novela le debe su estructura. Conocer sus circunstancias tam-



“El gran cambio de la novela lo están llevando a cabo los autores que narran en secuencias. El lector de hoy es espectador.”

bién me influyó, porque está casada con un científico interesantísimo. En fin, a mí me gusta, yo no oculto mis referentes aunque no tengan la fatua pátina del prestigio.

¿Cuáles son tus otros referentes?

Es curioso, hasta hoy apenas me han preguntado por ellos. Me ha influido gente distinta, desde Antoni Ribera, que fue el abuelo que no tuve, hasta Julio Verne, que marcó mi estilo y que está en la base del tipo de *best seller* que admiro. Otros autores importantes

fueron J.J. Benítez o Juan Eslava Galán y, ya entre los clásicos, Robert Louis Stevenson. La verdad es que en literatura he buscado más el contenido que la expresión artística; será deformación profesional. A mí me interesa más *El coronel no tiene quien le escriba* que *Cien años de soledad*. No creo que sea el único al que le pasa, pero no todos lo admiten.

Ya corren rumores acerca de tu próxima novela...

Sí, pero no voy a correr. No soy de los autores que escriben una novela al año; prefiero tomarme mi tiempo para hacer madurar la investigación que ya estoy llevando a cabo. El proceso ha comenzado, es cierto, y lo ha hecho en Israel, donde he estado hace poco, y en concreto en Jerusalén, adonde volveré pronto. Hay un enigma; puedo avanzar que no es muy conocido y que pertenece al ámbito de la cultura. Por eso creo que va a sorprender mucho, pero permíteme que lo mantenga lejos de los focos por ahora...

¿Entonces llegará antes la película sobre *La cena secreta*?

Estamos en ello. Hay un gran interés; varias productoras se han acercado ya, incluso algunas europeas. En Alemania la novela lleva vendidos 300.000 ejemplares en dos meses, por eso ahora empieza a haber interés allí. Pero creo que depositaré mi confianza en una productora norteamericana que acepte recrear la atmósfera del Milán del siglo XV. Ese es mi sueño, no me importa decirlo: una atmósfera como la de *El nombre de la rosa*, alguien como Antonio Banderas en el papel de Agustín Leyre y, puestos a soñar, un Robert De Niro debidamente caracterizado haciendo de Leonardo. Es un sueño, pero si he aprendido algo es que todo es posible en literatura. Una idea poderosa puede ser arrolladora. En el éxito mi novela no hay otra explicación: esa idea, un contexto que ha ayudado a impulsarla y un interés creciente. No hay más secretos. ■

UNA CENA Y MUCHOS ENIGMAS SOBRE LA MESA

Un fraile perteneciente a la Santa Inquisición empieza a indagar qué está sucediendo con el cuadro que está pintando Leonardo da Vinci sobre la última cena. Aparentemente, es una obra religiosa perfectamente ortodoxa, pero hay cosas que no acaban de cuadrar: ¿Por qué no hay cáliz en la mesa? ¿Por qué uno de los apóstoles esconde una daga? ¿Es una mujer la persona que está al lado de Jesús? A través de una trama que nos lleva al Milán del siglo XV, nos adentramos en las posibles conexiones de Da Vinci con la herejía cátara y en los mensajes cifrados de su obra. El libro –que se basa en documentación histórica, aliñada con la conveniente dosis de ficción– especula acerca de las posibles relaciones del gran artista e inventor con la herencia cátara. Esta es una novela que Javier Sierra entregó al editor antes de que se publicase el famoso *El código Da Vinci* de Dan Brown. Las coincidencias entre ambos libros alientan todavía más la leyenda en torno a ellos.



La cena secreta
Javier Sierra
Plaza & Janés
376 págs. 19 €.